

EL CASTELLANO

SEMENARIO CATÓLICO

Puntos de suscripción.

Guadalajara.—D. Tomás Ruiz del Rey, Colegio de Huérfanos de la Guerra.
 Toledo.—D. Elías Galán, Comercio, 62.
 Anuncios económicos.

Se publica los jueves.

Redacción y Administración:
 Gigantones, 5, principal.

Suscripción.

Un año..... 2.00 pesetas.
 Número suelto..... 0,05
 Idem atrasado..... 0,10
 Pago adelantado.

Resurrección.

El hombre, en su peregrinación sobre la tierra, busca su bienestar y piensa siempre en el modo de pasar, lo mejor posible, los cuatro días que tiene de vida en este valle de lágrimas.

El ideal del progreso es, el *Ambros los unos de los otros como yo os he amado*, del Divino Maestro, y hasta que la sociedad entera profese esa máxima, sufrirémos en este picaro mundo cien mil molestias y disgustos, de que no veríamos libres y evitaríamos a nuestros sucesores, si cada uno de nosotros pensara algo de su parte para ayudar a los demás.

De algún tiempo a esta parte se nota bastante movimiento entre los católicos para mejorar el estado social, y los círculos de obreros, cajas de ahorro, escuelas, sindicatos, cooperativas, etc., surgen por todas partes como plantas sembradas por la fe, a cuya sombra pueda el hombre, tranquilo y descansado, considerar resuelto el problema social en toda su grandeza y extensión.

Los católicos se van dando cuenta de que no tienen otro camino que seguir, más que el de afrontar con decisión y energía el problema en todas sus fases, y saliendo del reposo, que enerva las fuerzas y mata, vuelven al movimiento, que es la vida.

El siglo XIX fué el de los problemas políticos. El siglo XX es el de los problemas económicos. Pues demos la batalla en el terreno en que se presenta el enemigo; llevemos el calor de la caridad a esas regiones donde el frío cálculo del egoísmo mata los ideales generosos; iluminemos, con el potente foco de la fe, los oscuros rincones donde la mala administración recluye a un pueblo desesperado porque no come, y habremos dado un paso gigantesco en el camino del progreso y del bien.

¡Obras, obras, piden los de abajo!
 ¡Obras, obras, deben presentar los de arriba.
 Porque las obras son la salvación de los de abajo.
 Porque las buenas obras son la única salvación de los de abajo y los de arriba.

Una causa célebre.... y curiosa.

Nuestra Prensa noticiara nos trae cada día, con sus menudos detalles, muchas causas, que ella llama célebres y que, por regla general, no importan a nadie y menos a nosotros los españoles, cuando se trata de causas extranjeras.

Pero ha guardado profundo silencio sobre una que ha llamado la atención a todo el mundo sabio, y que, por lo mismo que favorece la causa católica, sería temerario esperar su publicación por la Prensa liberal de cualquiera de los matines en que se divide y subdivide el liberalismo.

Como antecedente de la causa, que vamos a dar a conocer a los lectores de EL CASTELLANO, conviene tener presente la predilección que tienen todas las sectas que deben su origen a la reforma protestante, y entre ellas, la secta liberal, a la Compañía de Jesús; predilección que se puso bien de manifiesto en el siglo XVIII, cuando las diversas ramas de la casa de Bourbon se conjuraron contra ella y no cejaron hasta conseguir el Breve de supresión, que sin duda era de absoluta necesidad para que tuviera lugar la revolución francesa y las que en los restantes países de Europa tomaron aquella revolución como modelo.

Y viniendo a tiempos más próximos a nosotros, en la setembrina distinguieron nuestros revolucionarios a la Compañía de Jesús de una manera particular; y ya que no pudieron ó no supieron imitar la conducta del *piadoso Carlos III* con la Compañía, la acarrearon al menos mucho más que a las restantes Ordenes religiosas, no dejando de sus casas y colegios tirer con cabeza.

Desde entonces y desde antes ha pasado el

moté de *jesuita* y de *jesuitismo* como símbolo de lo más odiado por la gente non santa, que no encuentra otra calificación, a su juicio, más atrozible, que la de *jesuita*, y cuando pretende dirigir a un hombre un insulto de mayor cuantía, le apellida *jesuita*, creyendo que es lo peor que se puede decir de un nacido de mujer.

Entre las acusaciones más insistentes dirigidas contra la Compañía, desde hace siglos, por sus enemigos, que son todos los de la Iglesia católica, figura en primera línea la de que tiene como máxima moral, a la cual ajusta siempre sus acciones y que, por lo mismo, es como el origen de las grandes iniquidades que la atribuyen, aquella de que *el fin justifica los medios*, máxima reprobata por la sana razón y que, una vez admitida, daría al traste con todo el orden moral.

Los jesuitas, como es natural, trataron de defenderse contra la injusta acusación de sus enemigos, y al efecto, ya en 1852 desafió el padre Ruh, en Frankfurt primero y después en Halle y en Bremen, a que presentaran un *solo texto* de cualquier escritor de la Compañía en donde se contuviera el famoso principio moral de que *el fin justifica los medios*, ofreciendo mil florines al descubridor del texto jesuitico. Pero ¡ay! nadie se presentó a recoger el premio, y los mil florines (¡qué bien les hubieran venido a algunos!) estuvieron depositados veinte años, hasta que, muerto el deponente, se retiró el depósito por falta de licitadores; y no es que hubieran de ser jueces los mismos jesuitas, sino que había de formar el Tribunal para la adjudicación del premio la Facultad jurídica de la Universidad de Heidelberg ó la de Bonn.

Pero lo que entonces no llegó a verificarse, tuvo lugar en este año de gracia 1905; porque un sacerdote alemán, no jesuita, desafió públicamente a todos los enemigos de la Compañía, a que presentasen un *solo testimonio* de autor jesuita en el cual apareciese el famoso principio moral de que *el fin justifica los medios*, ofreciendo doble suma de la ofrecida por el P. Ruh medio siglo antes, es decir, dos mil florines.

Ocurría esto en Abril de 1903; y para evitar todo equívoco en la inteligencia del supuesto principio jesuitico, explicó el sentido en que debía tomarse y entenderse en una reunión ó *mitin* público celebrado en Rixdorf a este intento en 16 de Abril del año citado 1903.

La inteligencia del principio moral expuesto atribuida a los jesuitas es ésta: «Cualquiera acción moralmente reprobable en sí misma se convierte en acción lícita moralmente cuando se practica como medio para conseguir un buen fin».

Apenas había transcurrido un mes, cuando el conde Hoensbroech aceptó el reto del sacerdote Dasbach con la interpretación que éste había dado al principio famoso que se dice ser de los jesuitas, comprometiéndose a encontrar y poner de manifiesto, no uno, sino muchos textos de escritores de la Compañía en los cuales se contiene, a juicio del conde, la afirmación de que *el fin justifica los medios*, tal como lo había expuesto Dasbach en la reunión pública de Rixdorf. La aceptación del reto por el conde Hoensbroech lleva la fecha del 22 de Mayo de 1903.

Conviene saber que el conde Pablo Hoensbroech había sido jesuita profeso y sacerdote; pero abandonó la Compañía por causas que no es del caso exponer aquí, se hizo luterano y se casó, es decir, se amontonó, ya que es nulo el matrimonio de cualquier hombre ordenado de mayores. Pero, no obstante sus extravíos, todavía hablaba de la Compañía de Jesús como de una «institución admirable y grandiosa, que tiende a los fines más nobles y sublimes», añadiendo que «especialmente su moral, tan villipendiada, es una moral de inmaculada pureza. El que tenga costumbre de conocer las obras de los moralistas jesuitas, podrá extraer de ellas fácilmente una larga serie de resoluciones y sentencias que parecen contradecir esa afirmación, y muchas de las cuales deben rechazarse. Pero semejantes resoluciones son errores de entendimiento utilitario, no extravíos del corazón. El querer construir con estas sentencias la moral

de la Orden, es una cosa necia é injusta al mismo tiempo. Esas resoluciones fueron dadas, no ya, como frecuentemente se afirma, con el ánimo de hacer más ancho y fácil el camino del cielo, sino con el deseo de fijar la línea, muchas veces casi imperceptible, de los confines que separan lo lícito de lo ilícito.»

Hemos copiado este largo pasaje del conde ex jesuita, para que se conozcan sus ideas respecto a la Compañía, aun después de haberse hecho luterano, y para que mejor se vea el contraste de lo que antes pensaba y de lo que opina hoy.

Conoció ya el campeón que disputaba el premio ofrecido de 2.000 florines a quien demostrara que *algún jesuita, uno sólo*, había enseñado la máxima de que *el fin justifica los medios*, todavía conviene observar que en esta célebre causa estamos los españoles más interesados que ninguna otra nación; porque para probar su acerto el conde, cita en el libro escrito con ese fin, a los jesuitas españoles con preferencia a los de otros Estados de Europa, y entre ellos a los renombrados teólogos Sa. Toledo, Sauchoz, Castropalao, Escovar, Vazquez, Marian y Delrio. Esto sólo sería suficiente, aun prescindiendo de otras consideraciones, para que nuestra Prensa hubiera informado al público acerca de una causa que tan de cerca nos toca. Yo no me atrevo a formar juicio; pero creo que no sería temerario el afirmar que el odio al *jesuitismo* ha sido el acicate del silencio en esta ocasión y en otras muchas parecidas.

Y baste por hoy, que otro día se continuará.

F. Valbuena.

LA DIRECCIÓN DE LOS GLOBOS

Según dicen de París, el aerostato dirigible «Lebaudy» acaba de verificar una proeza que parece la última palabra en el difícil problema de la dirección de los globos.

Se propuso su capitán efectuar un escrupuloso reconocimiento de las defensas militares establecidas entre Toul y Nancy, y solicitó de algunos jefes del ejército que le acompañasen a bordo. En efecto; el globo salió del Parque Aerostático de Toul uno de los pasados días, a las seis y cincuenta y cinco de la mañana, con buen tiempo; se elevó rápidamente y a poco se perdió de vista. En la barquilla iban el jefe de los ingenieros militares de la plaza de Toul, comandante Julián, el capitán Voyer, el piloto Juchéme y el mecánico Rey.

Con la seguridad y la precisión de un buque bien gobernado que navega por un mar tranquilo, el «Lebaudy», obediendo al pensamiento de su piloto, cruzó sobre el fuerte de Vouivreville, atravesó el bosque de Hays, y reconoció minuciosamente, é inspeccionó todas las obras militares hasta Nancy. En esta población el globo se detuvo sobre el cuartel Blandin, viró en seguida y emprendió directamente la marcha hacia Toul.

Ya con esta se había demostrado bastante la maravillosa perfección del «Lebaudy»; pero faltaba una última prueba que obtuvo éxito también, causando general admiración. Llegado a Toul, el globo descendió, a las nueve y cincuenta, ante un cobertizo, en medio de un corro de zapadores, que le recibieron con aclamaciones entusiastas. Es decir, que no sólo cumplió exactamente el recorrido que se había propuesto, sino que regresó velozmente, y descendió donde quería, ni un metro más allá. Queda con esto absolutamente probado que el «Lebaudy» es un globo dirigible tan perfecto como el más exigente época apetecer.

En época de sitio, el globo habría prestado a la guarnición de Toul el inmenso servicio de reconocer o menos de tres horas todas las defensas del enemigo, el número y calidad de sus fuerzas y todos los datos, en fin, desahables en semejante situación.

Entre los militares franceses ha producido, naturalmente, grande entusiasmo esta última y definitiva experiencia, y el Gobierno francés estudia ya el asunto, dándole toda la importancia que realmente tiene.

Retrato y original.

II

Seis meses escasos hacía que se hallaba en posesión pacífica de los bienes que legítimamente había adquirido en su último viaje a la Corte.

Decimos en posesión pacífica, en cuanto no había habido ninguna reclamación tumultuosa por parte del pueblo; pero es lo cierto que la opinión general, desconociendo la compra verificada, teula a D. Nereo por usurpador de aquellos bienes, y despreciando sus pretensiones ó sus derechos, los vecinos seguían cazando en sus montes, apacentando los animales en sus prados y pescando en sus lagunas.

A su vez, los guardas puestos por el propietario denunciaban sin contemplación a los dañadores, y cuando alguno se atrevía a reclamar, en el juicio que solía celebrarse, que mostrase D. Nereo los títulos de propiedad que le acreditasen ser dueño de los predios, éste respondía: yo soy liberal; Sr. Juez, este hombre merece una multa por faltar a la Autoridad competente.

Estos hechos, repetidos casi a diario; el rumor de que había dicho que se proponía pagar el importe de las fincas con las multas pagadas por los vecinos, y, sobre todo, el convencimiento que tenían de que en adelante ya no podrían seguir utilizando las leñas, pastos y caza para atender a sus necesidades, hicieron que fomentase y tomase cuerpo un espíritu de animosidad contra él tan marcado, que se oían sin cesar sordas, terribles amenazas para el día en que se presentase una ocasión propicia.

Y no tardó en presentarse. Acotécese que vino al pueblo un señor de Madrid, al que acompañaba un mozalvete llevando una pequeña maleta y una caja, al parecer, de poco peso, aunque de grandes dimensiones. Entraron en el domicilio de D. Nereo, y a poco rato se les vio salir de nuevo con los mismos objetos con que habían entrado.

Por referencia del forastero se supo inmediatamente lo que había ocurrido en aquella corta entrevista y algunas cosas más, relacionadas con D. Nereo.

Estaba éste dominado de la pasión de la inmortalidad.

Esta aspiración es nobilísima cuando tiene por fin a Dios y por medios la práctica del bien y la justicia.

La de D. Nereo era bastarda. Era la que, por contraste inexplicable, sienten los hombres en quienes se ha apagado la lumbré de la fe, y no se resignan, aunque lo disimulen, a desaparecer para siempre.

Prendiendo, ciegos, unir lo eterno con lo caduco y perecedero, prescindiendo del único que puede hacer inmortal y eterno lo deleznable y transitorio.

Esa inmortalidad es un espejismo que, si estimula a buscarla, no consigue nunca aquietar el corazón humano por lo mismo que es vanidad, humo y nada.

D. Nereo había encontrado un medio facilísimo de dejar en la historia un nombre empepedero. ¿Cómo?

Erigiéndose en vida una estatua que perpetuara su memoria y sirviera de admiración al mundo.

De las que había visto, la de Cervantes le pareció pequeña, y la de Colón grande. En cuanto a las equestres, aunque le agradaron mucho, las desechó todas en razón a que estaban siempre en la misma actitud los caballos.

La tarde que pasó por el retiro se decidió, sin vacilaciones, por un monumento semejante al del Angel caído, aunque algo más pequeño; sólo que en vez de Angel sería él, D. Nereo, bajando del cielo a la tierra con una antorcha en la mano para ilustrar al pueblo.

La idea era buena; porque si no del cielo, nadie supo jamás de dónde había venido, y al fijar en la villa su residencia, ya que no pudo ilustrar a los moradores porque era iliterato é ignorante, les enseñó con el ejemplo a enriquecerse por medio del préstamo, y la antorcha era,